

II. Exposición
contexto histórico:
«Golpe de Estado,
juventud y
resistencia contra
la Dictadura»

Klaudio Duarte, Sociólogo,
miembro de la Asociación
Chilena Pro Naciones Unidas
(ACHNU).

Programa Caleta Sur

Quisiera partir esta conversación con tres supuestos. Primero, quiero decir que la juventud no es más que una construcción sociocultural; un autor que a lo mejor algunos de ustedes conocen, Pierre Bourdieu, dice que la juventud no es más que una palabra, yo apoyo esta afirmación y digo que la juventud no es más que una construcción social.

Esa definición deja mucho para explorar, desde ella se puede tomar a la juventud ya sea como un grupo social, como un momento o como una actitud ante la vida. Lo juvenil, así visto, puede abordarse como una producción cultural o contra cultural, como la producción hegemónica que se elabora desde la dominación cultural y económica. Refiriéndonos a la juvenalización, es posible aludir a la juventud desde la construcción de las identidades para hablar del sujeto joven.

Como vemos, hay una variada gama desde donde desarrollar la temática de juventud, que da cuenta de que este concepto no es más que una construcción socio-cultural. Cuando digo no es más, no es para desalojarla o mirarla de manera peyorativa, si no para tratar de ubicarla en su lugar.

Un segundo elemento o supuesto, es que en la historia de Chile no siempre han existido los y las jóvenes. El grupo social juventud va emergiendo en la historia, y en la cultura de Chile, de modo diferenciado y específico, según cómo va desarrollándose y cambiando el modo de producción de nuestra sociedad. Pasamos del taller artesanal a un proceso lento y después ya más consolidado de industrialización.

La Escuela no existió siempre, esta institución va emergiendo poco a poco durante varias décadas, desde fines del mil ochocientos y sobre todo a principios del mil novecientos. Van participando en ella primero unos sectores y después otros, primero los hombres y después las mujeres. Esto va trastocando las relaciones familiares. A fines del 1800 estas relaciones no son las mismas en los sectores de la oligarquía y en los sectores campesinos.

Gabriel Salazar y Víctor Muñoz tienen interesantes trabajos respecto de cómo se da la diferencia en los modos de vida del ser joven en las clases sociales en Chile.

Tendemos a pensar que las y los jóvenes han existido siempre. Sin embargo, a mi juicio hay que tener en cuenta lo contrario: no han existido siempre, y por tanto los modos de ser joven se van diferenciando en cada sociedad. Se va siendo joven de manera distinta en el transcurso de la historia.

Trabajo Comunitario y Poder: Crónicas de los Territorios Populares

Mi apuesta es que recién a mediados de 1960, podríamos hablar de que ya se consolida en las distintas clases sociales y en los distintos géneros un grupo social al cual se le puede llamar juventud. Mi percepción es que, y aquí está el tercer supuesto, dada la diferenciación en los diversos modos de vivir el ser joven, corresponde más bien hablar de juventudes que de

juventud. No se trata de un juego de palabras, sino de poner énfasis en la idea de que existen diversos modos de vivir el tiempo o la actitud de vida del ser joven, ya sea según el modo sociocultural imperante como en el primer supuesto, y que cada sociedad va construyendo modos de vincularse o desvincularse, de tratar o de mal tratar a sus jóvenes. En ese sentido yo creo que estamos ante la presencia de una permanente construcción de imágenes respecto de las jóvenes y los jóvenes y de los modos de vida juvenil. Esta construcción se da de manera bastante polarizada.

Tenemos, por una parte, una estigmatización negativa y también una estigmatización positiva o una idealización. A mi juicio lo que tenemos más abordado quienes hacemos trabajos comunitarios o educación popular, quienes estamos vinculados a las Organizaciones Sociales o militamos en ellas, o quienes hacemos investigación social sobre juventud desde una perspectiva alternativa a la dominación, lo que más hemos abordado es la perspectiva crítica a las lecturas que estigmatizan negativamente a las jóvenes y a los jóvenes. Hemos criticado la noción de apatía, la criminalización juvenil, la satanización de los jóvenes, la terrorificación, el maltrato y las nociones de jóvenes anómicos y desintegrados, de irresponsabilidad juvenil etc. Todo eso lo hemos enmarcado en algunos discursos dentro de un contexto o modelo de sociedad adulto -céntrico.

Sin embargo, en esta conversación yo quisiera llamar la atención sobre aquello que menos hemos abordado quienes hacemos trabajo comunitario, educación popular o que estamos vinculados a los mundos juveniles en los sectores empobrecidos. Quisiera proponer que nuestra reflexión fuera sobre otra lectura ideologizada acerca de las jóvenes y los jóvenes, que a mi juicio también es adulto-céntrica, pero que los estigmatiza de manera positiva, que los tiende a idealizar. Hace un tiempo tuve la oportunidad de escribir un texto para la revista Erial de Caleta Sur, a propósito de los 30 años del golpe militar, el texto se llama el Pueblo Chileno y la Resistencia a la Dictadura Militar. En él lo que intentamos es plantearnos una pregunta desde la izquierda política o desde la cultura de la izquierda, la pregunta es ¿de qué «Jóvenes» hablamos cuando decimos «Jóvenes Protagonistas»?

Mi militancia política partidaria terminó, no recuerdo bien si cerca del año 87 u 88, pero había un discurso instalado en la izquierda o en la oposición a la Dictadura Militar de ese tiempo acerca de que las y los jóvenes serían los protagonistas del cambio que se venía, se les adjudicaba un papel en función del derrocamiento de la dictadura y de la instalación de la democracia. La verdad es que en ese tiempo no hacíamos mucho cuestionamiento sobre esa afirmación que construía una imagen determinada, pero entrado en los 90, y trabajando en el Colectivo de Acción Popular «Newenche» con jóvenes de La Granja, empezamos a preguntarnos si en verdad habíamos sido «Protagonistas» o no, y que íbamos a entender por Protagonismo.

Desde entonces la pregunta se me ha vuelto cada vez más insistente, por eso traté de retomarla en este trabajo y la voy a poner hoy día en discusión

con ustedes, porque desde esa afirmación, acerca de que las y los jóvenes de los 80 habríamos sido protagonistas, hoy día se imputa a las y los jóvenes de hoy que no son nada, que son apáticos, que son irresponsables, que confunden al Che Guevara con Bob Marley, que confunden a Allende con Bon Jovi, que están preocupados de hacer comunidades virtuales en Internet para enajenarse y que no les interesa lo que pase en su país.

La introducción de ese texto es parte de una investigación de Mario Sandoval sobre jóvenes del siglo 21, quien dice esto que acabo de señalar. La pregunta es entonces por qué los que supuestamente fuimos protagonistas en la década de los 80 hoy día le vamos a cobrar a los jóvenes no ser protagonistas. Hay una noción ahí de protagonismo y de jóvenes naturalmente vinculada a la transformación de la sociedad, que yo creo tenemos que darle una vuelta. Entonces me interesa poner en discusión esta ideologización, que a mi juicio desarrollamos con nuestras miradas y que tiende básicamente a deshistorizar lo juvenil. Con ella sacamos a los y las jóvenes de la historia y dejamos de mirarlos, y empezamos a mirar las imágenes que se han construido de ellos y ellas, imágenes que terminan adquiriendo vida propia y empiezan a aparecérsenos como si fueran la realidad. Entonces cuando vemos en la calle un muchacho que viene caminando hacia nosotros, ya no lo vemos a él con su nombre, apellido, identidad, olor, sabor, si no que vemos la imagen que se nos ha venido construyendo.

Me preocupa instalar en la discusión con ustedes las imágenes que nosotros mismos, desde la izquierda política o cultural, desde el trabajo comunitario, hemos construido respecto de las jóvenes y los jóvenes. El eje de esa ideología o de esa ideologización, tiene que ver con la imagen de que los jóvenes portan una pureza, una capacidad innata y natural de transformar la sociedad. Esta construcción básicamente tiene que ver con que a mi juicio hemos intentado contradecir el discurso hegemónico que señala que los jóvenes son portadores del mal. Me remito a Don Graff (Personaje Animado de un Perro guardián disfrazado de detective que aparece en publicidades de Seguridad Ciudadana)¹⁷ básicamente, como hemos tenido que combatirlo el discurso a Don Graff, nos hemos dispuesto en una actitud maniquea a mi juicio de poner las jóvenes y los jóvenes en el otro polo, construyendo una visión mesiánica de ellos y ellas. Creo que no es la búsqueda del justo equilibrio lo que nos debiera motivar, no es mi perspectiva de pensamiento por lo menos, ni de acción, creo que hay que construir otra forma de mirar.

Parece que lo que nos esta haciendo falta es cuestionar la racionalidad, lo que sostiene este andamiaje de imágenes que se construyen respecto de las y los jóvenes, y aquí en lo que estoy de acuerdo con Víctor Muñoz es que habría que comprender a los jóvenes y las jóvenes como sujetos históricos en tensión, con avances, retrocesos, con dudas y respuestas a las complejidades que su tiempo de juventud les plantea.

Decía un muchacho por ahí por el 95, 96 en la comuna de La Granja, sí al final somos pulentos y charchas en el mismo movimiento; eso me parece una tesis muy potente, somos pulentos y charchas en el mismo movimiento.

Para hacer este ejercicio, a pesar de poder ser sancionado por irrespetuoso quiero recurrir a un texto de Salvador Allende, cuya importancia radica en quien lo dice. Debo aclarar que no pretende ser una actitud irrespetuosa ni leer como general después de la batalla algo que se dijo hace 31 años. Es parte de un discurso de Salvador Allende a los estudiantes universitarios de Guadalajara en México, en diciembre de 1972 y de este texto yo quisiera rescatar al menos cuatro ideas fuerzas para problematizar. El texto dice: «No hay querrela de generaciones y eso es importante que yo lo diga, la juventud debe entender la obligación de ser joven, si es estudiante darse cuenta de que hay otros jóvenes que como él tiene los mismos años pero que no son estudiantes y si es universitario con mayor razón, mirando al joven campesino y al joven obrero y tener un lenguaje de juventud, no sólo un lenguaje de estudiante universitario para universitarios, la revolución no pasa por la universidad y esto hay que entenderlo, la revolución pasa por las grandes masas, la revolución la hacen los pueblos, la revolución la hacen esencialmente los trabajadores, entonces uno se encuentra a veces con jóvenes y los que han leído el Manifiesto Comunista o lo han llevado largo rato debajo del brazo, creen que lo han asimilado y dictan cátedra y exigen actitudes y critican a hombres que por lo menos tienen consecuencia en su vida y ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica, pero ir avanzando en los caminos de la vida y mantenerse como revolucionario en una sociedad burguesa es difícil» hasta ahí la cita de Salvador Allende, que no es sólo su pensamiento el que esta aquí, sino que a mi juicio es el pensamiento de la izquierda política de la Unidad Popular, de la izquierda que se enfrento contra la Dictadura Militar y de buena parte de la gente que alguna vez fue de izquierda y que hoy día hace investigación sobre juventud.

Me preocupa que hoy pueda ser esta la perspectiva de quienes hacemos trabajo comunitario, entonces quiero plantear cuatro ideas para problematizar. Primero, la idea de que no hay querrela de generaciones, a mi juicio lo que se nos esta planteando aquí es la verdadera tensión, por eso la revolución dice Allende la hacen los trabajadores. La verdadera tensión esta puesta en la lucha de clases, burguesía versus proletariado. Cualquier otra tensión social o asimetría social que usted pretenda levantar lo que va a generar es una desviación de la preocupación principal que la Unidad Popular legitima. Por lo tanto, si los jóvenes o las jóvenes en aquel tiempo de la Unidad Popular o en este tiempo intentan poner de manifiesto y expresar cuales son sus propias tensiones, como viven su asimetría generacional, la discriminación que sufren en el contexto de una sociedad adulto-céntrica, podrían ser sancionados y sancionadas como desviados y desviadas, ya que están desviándonos de la «ruta principal», ruta puesta en esa verdadera tensión que podríamos llamar rápidamente como «Lucha de Clases». Por otro lado, en tanto la revolución la hacen los trabajadores, ser joven no es ser político y ser obrero u obrera si lo es, por lo tanto tu posible identidad como joven debe diluirse en la identidad de clase, que es la identidad que importa.

Leído así me trae el recuerdo de una discusión en la casa de Rosario de

Santa Fe, estábamos en una reunión de grupos feministas, de grupos de mujeres y habíamos algunos hombres infiltrados ahí, porque en ese tiempo no era muy apetecido un hombre en grupos de mujeres, pero la discusión era sí la preocupación por la lucha de las mujeres, estoy hablando de fines de los 80, era una preocupación políticamente correcta o no era una preocupación políticamente correcta. Había compañeras llamadas desviadas, las que en ese tiempo se decían feministas, decían que estaban poniéndole obstáculos a la lucha política que el pueblo debía desarrollar, porque levantaban una preocupación que no era la central, ya que la preocupación central estaba dada en torno a las relaciones del capital. Leído así me parece que a esta noción de que no hay querrela de generaciones le tenemos que dar más de una vuelta. Un segundo rescate que puede hacerse del texto de Salvador Allende, y que me parece importante para nuestra lectura, es la idea que «ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica».

Mas allá que lo haya dicho Allende, o este recogiendo aquí el discurso público, incluso el discurso juvenil sobre sí mismo, me parece importante el contenido de lo que se está afirmando aquí. Me acuerdo alguna vez en un taller de serigrafía aquí en la Villa Sur, donde yo vivía, haber hecho tarjetas en serigrafía con la cara de Allende en colores rojo y negro que tenía esta frase abajo, porque nosotros creíamos que ser jóvenes y no ser revolucionarios era una contradicción hasta biológica. Pero el tiempo nos ha llevado a hacernos la pregunta de qué pasa con aquellos jóvenes que no son revolucionarios ¿dejan de ser jóvenes?, ¿Por qué la noción de que el joven trae consigo esa fuerza innata, natural de promover los cambios? Sospechando sobre esa información nos hemos ido percatando que se tiende a naturalizar la opción política, la voluntad política que podría darse en los jóvenes y las jóvenes y más bien usted termina siendo un comprometido con las luchas sociales y con la transformación social porque en su desarrollo puberal los cambios hormonales lo van empujando hacia eso. Entonces yo me pregunto si Andrés Allamand fue joven o no lo fue, porque él fue un opositor durísimo a la Unidad Popular durante 1970 o 1973, cuando era dirigente estudiantil secundario. Me pregunto si sujetos como Pablo Longueira, que últimamente dice hablar con Jaime Guzmán, si fue o no joven, porque él no quiere el cambio social, sino por el contrario, que esto siga igual como está. Es más, tiene muchas buenas ideas (dicen ellos por sus roles de empresarios) para aceitar la máquina, para que la máquina siga funcionando como esta ¿Habría sido joven?

Entonces se le ha adherido, se le ha impuesto, se transforma el ser joven en una carga. Por ser joven tiene que ser revolucionario y yo desde mi experiencia en trabajo con jóvenes veo que no es así, que la opción por ser un joven revolucionario, es una opción que se da dependiendo de la historia que usted tenga, de como usted lea la historia que vive, de sus opciones personales, del contexto histórico, cultural y político que le toca vivir. Por eso en los 80, y no en todo los 80, sino que entre el 83 y el 86, recuerden que el año 86 fue el año decisivo, nos engrupieron, nos engañaron con eso para bajar toda la cuestión que venía. Como si sólo en ese período los

jóvenes y las jóvenes hubiesen estado masivamente en la calle, en las protestas y después todo se hubiese venido abajo.

Si leen un artículo de Víctor Muñoz Suárez sobre la derrota del Movimiento Juvenil a fines de los 80, yo puedo decirles que esa narración no es tan verdad, no es tan cierta y ya lo voy a retomar. El que los jóvenes hayamos sido protagonistas en los 80, que estuviésemos en la calle, eso sí, pero si eso es sinónimo de protagonismo bastaría con invitar a los cabros a la calle y nada más. Entonces ahí hay una idea de que ser joven tiene que ver con disponerse al cambio social y yo no estoy de acuerdo. Yo creo que la provocación a lo social y la actitud de ponerse al margen, porque usted esta molesto por lo que le pasa en su sociedad, es una tendencia en el mundo juvenil, pero no se da en todos los jóvenes y las jóvenes de la misma manera y un desafío para el trabajo comunitario es activar políticamente esa disposición a ponerse al borde, a no estar de acuerdo, pero no es natural, no tiene que ver con su cambio biológico, tiene que ver con lo que a usted le ha pasado en la vida.

Cuando usted se da cuenta de que Bernardo O'Higgins no es tan padre de la patria, porque tenia intereses políticos personales y egoístas como los de hoy día o que Arturo Pratt no salto porque lo empujaron, que el viejito pascuero no existe (no existe por si acaso alguien no sabia), eso empieza a generar molestia, bronca. Que esto coincide con los cambios de la pubertad es una coincidencia y si a usted en el liceo le dijeron no use el pelo largo, como hombre, los hombres no usan el pelo largo, allá iba usted con el pelo largo, a las chiquillas les decían el jumper en la rodilla, salían del liceo y se ponían alfileres de gancho para subirse el jumper bien arriba, esa es una actitud de provocar a la sociedad, el hacer aquello que dicen que no hagamos, pero de ahí a comprometerse con la transformación social hay un proceso, un camino que hay que hacer y que no todos los jóvenes y las jóvenes lo hacen de la misma manera.

El desafío para nosotros como trabajadores comunitarios, y como educadores populares, es potenciar eso, activarlo en clave política y clave política popular. La tercera idea de este discurso de Salvador Allende, es que ir avanzando en los caminos de la vida y mantenerse como revolucionario en una sociedad burguesa es difícil. Aquí aparece a mi juicio una condición profundamente patriarcal en el discurso, habla el hombre adulto capaz de mantener la consecuencia revolucionaria hasta el final, ya no esta hablando de los jóvenes y las jóvenes, sino que esta hablando de sí mismo, en ese momento del discurso se reitera con fuerza uno de los modos de construir relaciones de parte del mundo adulto, en el contexto de una sociedad adulto-céntrico patriarcal.

Es posible que existan jóvenes que se den cuenta de esta imagen que se plantea, como aquellos que dictan cátedra o creen tener respuesta por haber leído alguna literatura revolucionaria o por haberla cargado bajo el brazo. Si eso es así, constituye una práctica que ha de ser analizada y corregida, sobre todo si ella empobrece las relaciones sociales y los aportes a la construcción de comunidades justas y solidarias. Sin embargo, este

tipo de actitudes no son exclusivas de las y los jóvenes, y menos se le pueden atribuir recurriendo al argumento de ser joven como el causante de esta práctica, menos aun podemos plantear el opuesto de lo anterior, entre más adulto más capacidad de dar la talla revolucionaria, de desarrollo al sujeto, si eso fuera así, bastaría con sentarse a esperar a que los individuos tengamos más años y los problemas sociales tenderían a desaparecer.

Al mismo tiempo se vuelve sobre el mecanismo naturalizador de los conflictos sociales y no sólo se le quita complejidad al análisis, sino que también se inhabilitan las posibles soluciones, toda vez que lo natural parece fatalmente como inmodificable, es decir, el sujeto juvenil carece de madurez y en la medida que sea maduro, y por lo tanto sea adulto, va a poder decir aquello que anda diciendo hoy, dictar cátedra o pretender aportar en la transformación de la sociedad.

La cuarta idea tiene que ver con un traslado hacia la posibilidad de ser jóvenes protagonistas en el tiempo de la dictadura militar, esto porque la reflexión que nosotros hemos avanzado hasta ahora nos lleva a preguntarnos si fuimos protagonistas, punta de lanza o carne de cañón. Aquí quisiera enunciar algunas situaciones que ocurrían en aquel contexto que nos pueden ayudar a mirar esto.

Por una parte está la fuerte relación de tensión, y muchas veces sometimiento que había con la estructura partidaria, sobretodo cuando las estructuras partidarias estaban dominadas por el mundo adulto, en las cuales las juventudes políticas comúnmente sólo tenían una representación mínima dentro de los plenos partidarios, por lo tanto la posibilidad de incidir o aportar en eso era muy básica, muy mínima. Recuerdo haber asistido en ese tiempo a un Congreso de estudiantes en la Universidad de Santiago, donde había todo un debate sobre el año 87 y la estrategia que se usó; y apareció en un momento Luis Maira, que venía volviendo del exilio, y se instaló como Secretario General de la Izquierda Cristiana. Él tiró un discurso de 45 minutos, que fue una locución y terminó convenciendo a los jóvenes y a las jóvenes de que lo que había que hacer era trabajar en función del plebiscito, y su ultimo argumento fue que debía dejarse esa tarea en manos del mundo adulto, en afirmaciones tales como «nosotros sabemos lo que estamos haciendo, nosotros hemos vivido esta experiencia desde antes de la Unidad Popular, entonces podemos mirar todo el período, ustedes vienen naciendo». Por otro lado, me parece que no es bueno confundir la participación masiva de los jóvenes y las jóvenes en distintas experiencias sociales con la posibilidad de ser actores sociales. Me refiero a experiencias como las de iglesias, las experiencias políticas, las experiencias culturales en la universidad, la lucha y la creación de algunas federaciones estudiantiles, algunos centros de alumnos a través de la FESES y otras organizaciones, etc.

Una cosa que desde el mundo juvenil no logramos hacer en el tiempo de la dictadura, fue tener el control de lo que estábamos desarrollando y esa, a mi juicio, es una condición básica del protagonismo: poder controlar aquello que hacemos, poder tomar las decisiones, poder darle el ritmo, el sentido a lo que estamos

desarrollando. Creo que la masividad de la participación juvenil en la presencia en la calle, nos hace muchas veces enredarnos, confundir dos ámbitos de la participación política que son partes de un mismo proceso, pero que no se pueden sustituir lo uno por lo otro. Lo que sí tenemos que reconocer, es que esta participación activa y masiva del mundo juvenil creó climas alternativos a la situación social de dictadura y de opresión que se vivía. Me parece que eso fue un aporte muy interesante de la participación juvenil en aquel entonces, pero lamentablemente aquello que se avanzó no logró sostenerse en el tiempo y poco a poco fue decayendo, hasta que a principios de los '90 sólo quedaba una minúscula expresión, ya tiempo después casi nada.

Una cosa que ayudó a que esto pasara, es que desde el mundo juvenil no se politizaron los temas propiamente juveniles, entonces lo que se discutía, se debatía y se ponía en la conversación política de ese tiempo era no más dictadura, fuera Pinochet, no más CNI, no más tortura, no más exilio, pero que distaba de poner de manifiesto las tensiones propiamente juveniles. En aquel tiempo hacerlo habría sido posiblemente considerado como una desviación para aquello que se entendía como lo urgente y que era también sancionado como lo realmente importante, tanto es así que a fines de los '80 empiezan a aparecer algunos discursos de historiadores que señalan que la protesta juvenil termina siendo un problema. Valenzuela, en una investigación de Sur, dice que los jóvenes son anómicos y desintegrados. Esto es lo que finalmente va a marcar el discurso con el cual la Concertación de Partidos por la Democracia se instala en el primer gobierno civil post dictadura, que tiene que ver con estos jóvenes así como están, anómicos y desintegrados, los que van a terminar siendo una bomba de presión para el gobierno «democrático».

Por lo tanto, lo que tenemos que hacer es asumir la deuda que tenemos con ellos y pagarla. Esa es la lógica que está detrás de la creación del INJ y todos los Programas Sociales, particularmente los de capacitación laboral y de reinserción escolar, que se empezaron a desarrollar a principios de los 90. Esto coincide o fortalece la imagen de que estos jóvenes, en nuestra sociedad, ocupan un lugar secundario, un lugar no político, por lo tanto, es el mundo adulto el que siempre esta haciendo algo por ellos y ellas. Mi pregunta es acerca de cuáles imágenes de jóvenes manejamos cuando trabajamos con ellos y ellas, las personas que nos decimos de izquierda, de la izquierda política o de la cultura de izquierda, como quiera llamársele, los que somos trabajadores comunitarios o educadores populares. Mi apuesta es que es imposible no tener imágenes, y la tensión está puesta en cómo hacemos que esas imágenes no se transformen en ideología, en una falsa conciencia que nos lleva a terminar relacionándonos, ya no con la historia de las jóvenes y los jóvenes, si no con aquellos discursos que se van produciendo y reproduciendo desde la dominación imperante en el sistema social, discursos que nosotros mismos reproducimos cotidianamente. Yo sé que es más fácil criticar toda la estigmatización negativa de don Graf y todo el discurso de Paz Ciudadana, del CONACE, de algunos Ministerios, etc., pero a mí me parece que nosotros tenemos que interrogarnos respecto de aquello que no hemos abordado y que tiene que ver con las imágenes que estamos construyendo.

Si lográramos hacer eso, a mi juicio podríamos avanzar en darle orientación al trabajo comunitario que hacemos y en definir pistas de qué es lo que debiéramos potenciar en el mundo juvenil hoy día, de qué es lo que ese mundo tiene, construye, elabora, etc. para así, desde el mismo trabajo comunitario aportar en su fortalecimiento político, yo apostaría a potenciar ese fortalecimiento desde una perspectiva liberadora.